SERMON FUNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES EXÊQUIAS

QUE CELEBRÓ

LA STA. IGLESIA CATEDRAL DE VALLADOLID

DE MICHOACAN

LA MAÑANA DEL 10 DE MAYO

DE 1810.

POR EL ALMA

DEL ILLMÔ. SÔR. DR. DON MARCOS MORIANA Y ZAFRILLA.

SU DIGNISIMO OBISPO:

PREDICÓ

El Sr. D. Sebastian de Betancourt y Leon, Canonigo de la misma Stá. Iglesia, Asociado de primera especie del Seminario Tridentino, y Vicario Superintendente del Colegio de Niñas educandas de Santa Rosa Maria de la referida Ciudad.

PROTESTA.

EN obedecimiento de los Decretos Pontificios, y particularmente de los de N. Smô. Padre el Sr. Urbano VIII. protesto: Que quanto digo de las virtudes del Sr. D. Marcos Moriana, nó merecen otra fé que la que se funda sobre una opinion piadosa, y si alguna vez las llamo heroicas, ó vierto alguna expresion semejante, solo uso de ella en aquel sentido en que es permitida en esta clase de elogios, por las venerables decisiones de N. S. M. Iglesia Catolica, Apostolica Romana.

Qui bene praesunt Presbiteri duplici honore digni habeantur.

Se debe tributar un doble honor á los buenos Prelados de la Iglesia. *S. Pablo á Timot. c. v. ỳ. XVII.*

On que siempre ha de ser tan miserable la condicion de todos los bienes humanos? ¿Con que tan poco han de durar la esperanza y la felicidad de los mortales? ¿Con que la risa ha de mezclarse siempre con el llanto, y el gozo ha de seguir necesariamente el luto y el dolor? (1) ¡Ay! ¡Qué bien lo hemos probado con la mas sensible experiencia! Ayer acompañamos al mas deseado Obispo en su plausible entrada, y hoy lo hemos conducido al Sepulcro: ayer

nos

nos dabamos reciprocamente el parabien contemplando realizados los votos de toda la Provincia en el Pastor benefico y afable que le habia tocado por suerte, y hoy nos compadecemos viendo perdidas ya tan dulces esperanzas: ayer esta Iglesia feliz ataviada con sus galas mas ricas entonaba gustosa hymnos de bendicion y de alabanza en el recibimiento de su Esposo, y hoy cubierta de lutos reitera sin intermision los mas tristes lamentos por su ausencia. ¡Qué miseria, Catolicos! Ni el rápido curso de los rios, ni la hoja que se llevan los vientos, ni el momentaneo brillo del relampago, ni la sombra que un solo movimiento desvanece, son aun la imagen propia de los bienes fugaces de los hombres.

¿Quien lo creeria, Señores? Quando asombrados y confusos con las espantosas noticias de la catastrofe de la Peninsula; quando inquietos y despavoridos con la tempestad formidable de males y desgracias que el

el Cielo habia extendido sobre nuestras cabezas, recibimos despues de la expectacion de un largo tiempo el aviso inesperado ya de la llegada del Prelado; nos persuadimos que el Señor aplacando sus iras comenzaba á mezclarnos en el caliz de la tribulacion las gotas del consuelo. El arribo de un Principe tan elogiado por la fama comun fué tenido como el dichoso anuncio de una alegria cercana, y nos pareció desde luego, que en la nube densa y obscura que habia eclipsado el dia, se pintaba yá el Iris que pronosticaba la serenidad y el sosiego para nosotros. Y quando entró, por fin en la Capital ¡qual fué la pública satisfaccion y complacencia! Aquel trato franco y afable, la dulce paz que llevaba en su frente, la agradabla sincera sonrisa que junta con sus palabras descubrian un corazon ingenuo y bondadoso, confirmaron de un golpe nuestros presentimientos favorables; y quantos le vimos entonces, nos prometiamos sin dudar un gobier-

no

no feliz, y duradero. Dixe duradero, Señores, por que á la verdad ¿quién no lo creyó asi viendo su complexîon robusta, y la viveza de sus movimientos quando acababa de correr una navegacion tan larga y trabajosa?

Mas ¡que pronto se desvaneció este placér! Apenas se dispone para dar principio à las funciones de su ministerio, quando un violento ataque se lo impide: para recobrar su salud sale de la Ciudad, y carecemos de su vista, la recobra algun tiempo, vuelve lleno de actividad y zelo á entrar en la carrera, y quando lo esperabamos con las mas vivas ansias para acompañarle á entonar en este santo Templo cánticos Eucaristicos por la conservacion de su preciosa vida, recibimos la cruelisima nueva de su muerte. ¡Qué desgracia, Valisoletanos! No parece sino que el Cielo se ha empeñado en reunir todas las circunstancias mas sensibles para hacer mas aguda y penetrante la espada del dolor,

lor, pues aunque de los treinta y quatro Obispos que han tenido esta Silla, no ha sido el que perdimos el que la ha ocupado menos tiempo (a); la época desgraciada en que lo recibimos como el consolador de nuestros males, las nobles prendas y virtudes con que arrebató desde luego el corazon de quantos le trataron, los innumerables beneficios que empezaba á derramar ya en toda la Provincia, lo habian hecho el auxîlio, las esperanzas, el amor y delicias de su agradecido rebaño. Tanto era, á la verdad: mas la muerte inhumana que por lo comun se complace en destrozár las flores mas hermosas, y en tender las segur en las espigas que descollan; esta enemiga de nuestra felicidad y ventura, vió con envidia tanta satisfaccion, y derribó de un golpe el apoyo de nuestro consuelo.

Pero Católicos, no nos contristémos asi como las gentes que no tienen otra esperanza (2), ni hablémos el idioma de los Infieles en este lugar santo: si nos

nos ha privado el Señor de este Pastor amable, así es sin duda conveniente á sus soberanos designios. A nosotros no nos toca sino adorarlos con el mas profundo respeto, besàr la mano que nos hiere, implorár la clemencia del cielo para la expiacion de padre tan benefico, y publicar delante de los hombres sus justas alabanzas. Tal ha sido el espiritu de la iglesia en la instituçion de estos oficios funebres, y tal el que nos ha juntado al pie de estos altares à donde hemos benido para sacrificar nuestro dolor con una victima, uniendo nuestras humildes preces con las del sacerdote, y transmitir á la posteridad el buen olor de sus virtudes y su nombre, para conseguirle la veneracion y el aprecio. De esta empresa estoy encomendado, y aunque confieso que es muy ardua, no temo cumplirla esta vez, por que los principes que saben gobernar son acreedores no solamente á que se les conceda una merced doblada por las fatigas de su minis-

terio (b); no solo á que se les tribute un honor superior á todos los demás (c), sino á que se les rinda un honor duplicado, esto es, honor á sus personas en la vida, y despues de la muerte honor á sus virtudes que no mueren: *Qui bene praesunt Presbyteri duplici honore digni habeantur.* Esta es la recompensa de la virtud que se vé obligado à rendirle aun este mundo injusto, y que cederá sin duda la posteridad imparcial al Pastor que lloramos, por que èl ha sido ciertamente *un Ministro benemerito de la Iglesia.* Y ved aquí todo el elogio que la verdad y la justicia van á hacer del Illmô. Sr. Dr. D. Marcos Moriana y Zafrilla, Inquisidor Mayor de Cartagena de Indias, y dignisimo Obispo de Valladolid de Michoacan.

Illmô. Sr

Si yo hubiera de hablar en estilo de los oradores profanos, si hubiera de seguir el lenguage de los amadores del mundo, quando vengo à referir la historia del Illmô. Moriana, yo comenzaria desdeluego por hacer antes el elogio de sus antepasados: por que este fué y es, aun el comun uso siempre que se trata de alabar á los muertos, como si el hombre grande necesitase de su origen, ó como si aquel que no lo es se relevara por un merito que no es suyo. Guardemonos cristianos de ultrajar la virtud hasta creer que ella tenga necesidad del nacimiento, y retirémos desde ahora para siempre, de este lugar sagrado una costum-

tumbre que tanto lo profana é injuria. Pues aunque yo no ignoro, que en la Escritura santa alguna vez, quando se hace el elogio de los justos se alaba tambien á los padres, como es elogiada Anna la madre de Samuel (3); como se alaba á Abraham, padre de Isaac (4), y como es elogiado Zacharias de la clase de Abias, é Isabel de las hijas de Aaron en la Natividad del Bautista (5): esto ya se vé que há sido hecho por texer allì mismo aunque de paso el panegiris de estos padres, y heroynas que lo merecian justamente por su santidad distinguida, por que delante del Señor nada es digno de elogio, sino la virtud de los hombres, por que ésta sola constituye la real y la verdadera grandeza: en suma, por que el hombre virtuoso vuelve à su familia mas grande y mas ilustre el nombre que recibe, Y tal ha sido ciertamente el esclarecido Moriana, nacido de una estirpe noble, la ha ennoblecido mas á los ojos de Dios y de los hom-

hombres, por haber desempeñado exâctamente sus deberes en toda la carrera de su vida; por haberse aplicado como un obrero laborioso al cultivo de la heredad querida del Señor: lo diré aun otra vez, por haber sido en diversos oficios *un Ministro benemerito de la Iglesia.*

Despues de su nacimiento, que fué en la Villa de Cañada del Hoyo de la Diocesi de Cuenca, no sabemos cosa alguna notable de su infancia; pero nó se puede dudar, que sus Padres piadosos no se hayan aplicado á inspirarle desde buen tiempo en esta época favorable una educacion religiosa y politica qual era conveniente á la nobleza de su sangre, á los sentimientos de su piedad, y á la grande alma que le habia dado el cielo, y que aun desde entonces comenzaba ya á descubrirse. En efecto, procurando avanzar su educacion luego que él entra en la puericia y conociendo que élla no se puede perfeccionar sino es

es con la disciplina y el estudio; despues de los rudimentos comunes, hacen que su espiritu se dedique á la adquisicion de las ciencias poniendolo en el colegio de San Julian de Cuenca, y allì estudia la lengua latina, y las artes; pero Dios que lo habia dotado de una alma superior, y elegido para colocarlo en la iglesia y confiarle la mas querida de sus obras, lo conduce despues á la Universidad de Salamanca, antigüo emporio de la sabiduria, y tallér donde se han formado tantos magistrados y obispos. Aquì es donde Moriana prosigue y perfecciona su carrera, y donde adquiere aquellas luces que han hecho tan hermosa y brillante la serie de su vida. Mas para conseguirlas ¡qué desvelos, qué afanes, qué trabajos no tiene que sufrir! El hombre nada recobra de quanto él ha perdido por la culpa, sino lo paga al precio del sudor y como la sabiduría es sin duda el mas apreciable tesoro que pueden poseer los humanos, su ad-

adquisicion es por lo mismo la mas dificil y costosa. Asi MORIANA aun desde entonces lo advierte, y se aplica con todas las fuerzas de su alma á avanzár mas y mas en los conocimientos: economiza el tiempo, se olvida aun de las diversiones propias de aquella tierna edad, el libro es su desahogo, las conferencias su placer, los exercicios literarios su ocupacion continua, y la meditacion su descanso. Con esto logra en brebe instruirse perfectamente en las letras humanas, en Teologia y ambos Derechos, mereciendo sèr el primero entre sus concolegas, é infulado despues, incorporarse en aquella Universidad, que premia sus tareas distinguiendolo muchas veces con su estimacion, confianza y magisterio.

Pero no penseis, Señores, que esta aplicacion lo entretiene de suerte que se olvide de sus principales deberes, nó: MORIANA se forma en la religion y en la virtud, al mismo tiempo que adelanta en las cien-

ciencias. Los sentimientos nobles que la educacion le ha inspirado, se afirman con la reflexîon y el estudio; y la gracia comunicada por el organo de las mismas ciencias fomenta y desenvuelve el germen de las grandes virtudes que estaban encerradas en su alma. El se eleva sobre la inteligencia de las cosas visibles à la contemplacion de las invisibles y eternas: entiende que la religion debe ser el primer estudio del hombre cristiano; se confirma en la que ha recibido por lo solido de sus fundamentos, por la santidad de sus leyes, y la conexîon de sus dogmas; tributa al Sér supremo un racional obsequio de su fè (6), y se propone adelantar en todas las virtudes que enseña. Conducido en sus acciones por el temor santo de Dios, que es el principio de la sabiduría, se precave y previene contra los lazos peligrosos que los enemigos comunes comienzan á tenderle: humilde en medio de los aplausos que oye por todas partes, detesta y abo-

mina

mina la emulacion y la soberbia, huye del ocio, y la molicie como del origen de los vicios, y contento con los bienes que le proporciona la sabia providencia, no se ocupa con los vanos proyectos que forma la ambicion. En suma, el crece y adelanta en la religion y la ciencia, y sus contemporaneos que lo admiran como un hombre nada comun, nó saben que sea mayor en él, si la virtud ó el talento.

El Cielo, ya se vé, que no le ha concedido con mano liberal estas hermosas qualidades para que permanezcan encerradas en los ángulos de los colegios, y se conozcan solamente por los pocos amigos con quienes comunica y conversa; sino para que luzcan delante de todos los que habitan en la gran casa del padre de familias, y le rindan por ellas la gloria y el honor. (7). El Cielo, pues, le inspira la vocacion al estado eclesiastico, y él se rinde obedientemente á estas inspiraciones, á pesar de estimarse

se indigno, y aun inhabil para desempeñar tan alto ministerio. No tenemos las noticias que apreciariamos de su ocupacion y conducta en el nuevo estado que abraza, ni sabemos por que motivo se aparta de la carrera de las Catedras que con tanta felicidad habia empezado en aquella Universidad tan famosa; mas podemos asegurar, que sus fines en la eleccion del estado eclesiastico, no han sido los del interés ni la sangre; que su espiritu era muy ajustado para estar en la ociosidad y quietud; su caridad muy grande para no socorrer á sus hermanos con los auxilios de la redencion, y muy ardiente su zelo para no reprehender los pecados y vicios de su siglo. Pero estos hechos aunque grandes, no han sido mas que las flores hermosas que anunciaban los frutos abundantes que en edad mas madura le siguieron.

En verdad, Moriana no solo fué un Ministro benemerito y util por que desempeñó el encargo

go de la enseñanza en beneficio de la juventud, ni por las fatigas que sufre en el ministerio ordinario; él estaba elegido para cuidár de los intereses mas grandes de la iglesia, y en esta virtud se le han encomendado los mas altos y publicos oficios, cuyos deberes ha sabido llenar perfectamente. Temeroso sin duda de cargar en sus hombros el peso formidable del cuidado inmediato de las almas, huye de presentarse à oposicion para beneficios curados [por que en efecto, no lémos en los apuntes de su vida lo hiciese alguna vez]; pero el Señor, que por caminos á la vista extraviados, conduce ordinariamente á los hombres á los terminos que les señala, le encomienda una gran porcion de su grey, al tiempo mismo en que él se considera mas distante. Se presenta como opositor á una de las Canongias de oficio vacante en la santa iglesia de Coria. Aquel Prelado conoce desde luego su probidad y su talento; y nó pudiendo por sí mismo

mo visitar su Obispado, lo elige con preferencia á muchos hombres respetables de su clero para esta comision: y hé aquí á Moriana, que huía del cuidado de un pueblo revestido de la autoridad Episcopal, y encargado de plantàr y arrancar, de destruir y reedificar: en suma, siendo el arbitro de una Diocesis bien considerable. Misterioso incidente con que el cielo le anuncia sin equivoco la alta dignidad á que le tenia destinado.

Ciertamente, Señores, este hecho solo descubre bien à las claras el concepto sublime que se habia merecido en todas partes el relevante merito de Moriana, pues se juzga á proposito para encomienda tan dificil, especialmente en aquellos tiempos en los que entendiendo aun los Jueces eclesiasticos en las causas mas arduas, se versaban en sus tribunales negocios de la primera nota, para cuyo desenlace ó sentencia eran necesarias, sin duda, una sabiduría nada comun, una pru-

prudencia delicada, y una integridad inflexible. Tales son, en efecto, las qualidades que descubre MORIANA en el desempeño de su trabajosa encomienda, en la que justamente se acredita por un distinguido ministro; pero si esta eleccion es una prueba clara de su merito, es todavia mayor la que hace de él, aun siendo joven, el tribunal supremo de la Fé, para el oficio de Inquisidor en Cartagena de Indias.

Se puede asegurar, sin temor de engañarse, que en la iglesia catolica éste es el ministerio mas interesante y dificil. Un Inquisidor debe tener una fé firme è invensible, por que ella ha de exponerse à las pruebas mas delicadas en la lectura continua de los papeles seductores, escandalosos y falaces que llegan á sus manos con freqüencia, y en los que está, por lo comun, escondido el error entre las ideas mas sublimes, como en las flores el veneno, para que el incauto lo beba sin apercibirse del daño. El debe tener una

una basta instruccion casi en todas las ciencias y especialmente en la Teologia dogmatica y expositiva, para ser capáz de exhortar en la sana doctrina, redarguir á los que contradicen (8), y calificar las proposiciones y errores con las notas que las caracterizan y distinguen. Finalmente, el debe presentarse á los fieles como un exemplar de buenas obras en todas ocasiones, para que ni aun sus enemigos puedan imputarle algo malo (9). Por que un Inquisidor, que es el ojo que vela sobre el castillo de la iglesia santa, el freno que contiene los desordenes publicos, y el azote severo que castiga los vicios en el culto, y las depravadas costumbres, se hace por razon de su puesto, mas visible, y es por lo ordinario, el objeto de la critica, y la murmuracion de los impios. Por lo mismo se cuida de elegir para este grande cargo varones distinguidos è idoneos, y nó se sube por lo comun á este este rango elevado, sino por la escala dificil que el verdadero merito se labra.

Por

Por tanto, digo yo, que la eleccion que se hace de Moriana sin pretension alguna de su parte para este ministerio, califica á toda luz su sabiduría y probidad: mayormente si se atiende á que se le destinaba à una region, que como recien conquistada, no era dificil conservara aun el mal olor del antigüo fermento; quiero decir, algunos restos de la supersticion é idolatrìa, y si se contemplan sus años, que podian llamarse muy pocos, pues no llegaban todavia al numero de treinta y quatro.

Mas como la vejéz venerable no se computa por el nùmero de los años, sino por una vida inmaculada (10), por ella se hace digno Moriana, aun en la tierna edad, del nombre de Presbitero, que vale lo mismo que anciano, y como tal, llena todas las partes de un oficio tan arduo y espinoso. El advierte los dos principales deberes que se le significan en la espada y la oliva, y tomando una y otra en las manos

nos, marcha sin detenerse al exercicio de su ministerio. En efecto, él se presenta para el terror de los impios, con la entereza y gravedad de Elias: su autoridad, que brilla como espada de fuego, amaga à los enemigos de Dios, y les dice practicamente con su irreprehensible conducta: nó, no espereis vivir jamás tranquilos á la sombra de la infidelidad y del ateismo: yo no he venido á traér la paz (11), sino á poner la espada entre vosotros y vuestra iniquidad, y á derribar, si es que los hay, los Idolos de Baal y de Astarot en la presencia del Dios verdadero de Israël. Pero si su espada aterra á los iniquos, él es recibido sin duda de todos los virtuosos, como la paloma de la Arca, pues la dulzura de su trato, y suavidad de sus palabras, son como un ramo verde de oliva, con que se presenta diciendo: Yó os doy mi paz, y nó os la doy como os la ofrece el mundo, una paz falsa y transitoria, sino una paz sincéra y permanente (12). Asi es

es que el se merece dentro de breve tiempo el aprecio y estimacion de aquellos habitantes, que se hace el arbitro de las disensiones publicas y secretas, y que mantiene por el espacio de treinta años en su justo equilibrio los derechos de Dios y de los hombres.

Estos meritos tan sobresalientes bien podian excitár en MORIANA el deseo del ascenso; mas nó le deja considérarlos su humildad, semejante à esos cuerpos celestes que algunos ástronomos suponen lucidos en el uno, y opacos en el otro emisferio: sus acciones que hacen un expectáculo brillante á los ojos de Dios, de los angeles y de los hombres (13), solo para él se ocultan y obscurecen, y bien hallado con la moderacion, á nada aspira, sino á colocarse en la iglesia de Cuenca, cerca de su patria, para terminar allì tranquilamente su carrera; pero el Señor que vé sin duda con agrado, y que bendice sus tareas, las premia y recompensa con una exâltacion repentina.

Por

Por caminos nada comunes, y sin pretenderlo MORIANA lo presenta el Sr. D. Carlos IV. para Obispo de Michoacán luego que en la corte se sabe esta vacante, y quando en nada menos piensa, recibe la noticia con que la que le intima el Señor como á Abraham, que salga de su tierra y del seno de su familia, y marche á la religion que se le muestra (14). Su edad cansada yá por los trabajos, y el viage largo y penoso que tenìa que emprender para transportarse á este pais, eran causas legitimas y motivos bastantes para justificàr su renuncia, quando él quisiera exônerarse de esta carga pesada y formidable. Mas su obediencia semejante á la de aquel patriarca, le hace que se sujete ciegamente al decreto de la divina providencia. Yo no reuso el trabajo, le dice al Señor, yo no reuso el trabajo si aun puedo sér util, ó necesario á vuestro Pueblo.

Desde luego que tiene en su poder las Bulas

Pon-

Pontificias, hace viage á Panamà para recibir allí la sagrada consagracion, sin que lo detengan ni los riezgos del már inundado de corsarios enemigos, que podrian aprisionarlo, ni el camino de tierra escabroso é insuperable que tenia que atravesar; á todo se expone como buen pastor para trabajar en beneficio de sus ovejas, luego que llegue al rebaño que Dios le ha encomendado. Vuelve à Cartagena, y aquellos naturales envidiosos (si puedo hablár asì) de nuestra dicha, le ruegan, le instan porque se quede con ellos, proponiendole elevár sus súplicas al Soberano, á fin de que les conceda esta gracia, que no dudaban obtenér, por hallarse vacante aquella silla episcopal. Pero Moriana no oye otra voz que la del Señor, ni atiendé á otras instancias que á las de su grey que lo llama. Trata de concluir los negocios que estaban á su cargo, y apresura su marcha quanto puede.

Yó desearìa, Señores, que hubieseis visto la patetica escena que representaba en contraste el afecto filial y paternal en su despedida de aquel pais. „Tes-
„ tigos sois, Cartaginenses, les decia como otro Pablo;
„ testigos sois de la conducta que he observado el
„ tiempo que viví con vosotros, y como no he omi-
„ tido quanto me ha parecido conveniente para vues-
„ tra justificacion y salud. Dios me llama, y obligado
„ por la obediencia, camino à Michoacán, ignorando
„ la suerte que me espera en este ministerio; mas nada
„ temo con tal que yo consume mi carrera. Acaso no
„ volvereis á vérme, por lo qual os protesto que mis
„ manos jamás se mancharon hasta ahora en promo-
„ ver causa alguna sangrienta, ni me he movido á la
„ administracion de la justicia por el interés, ni el em-
„ peño. Conservad las saludables maxîmas que os he
„ inspirado, y quedaos con Dios para siempre„. Así les habla, y ellos casi pendientes de su cuello y der-

ra-

ramando copiosisimas lagrimas, lo conducen hasta la nave que lo espera (15).

Arriva felizmente á la Vera-cruz, y como el sol que se hace vér antes de subir el orizonte por la luz que despide, y la benigna influencia que difunde en todo el hemisferio; asì MORIANA, aun no entra en su obispado, quando ya se conoce por las noticias que su fama publica, y por los efectos que se perciben de su beneficencia. Apenas se le representa por este Ilustre Ayuntamiento la escaséz que hay de arbitrios para la conclusion de la real fabrica, y la utilidad que resulta á la Provincia toda de su establecimiento, quando inmediatamente libra con mano franca la cantidad que se concidera bastante (d). La madre patria es luego una de sus primeras atenciones; y como uno de los hijos mas generosos se subscribe con el grueso donativo de cincuenta mil pesos para sostener la legitima causa, y fomentar la justisima guerra

ra que mantiene contra el tirano vil, contra el monstruo mayor de la ambicion, que temerario y loco intenta dominarla. Al mismo tiempo embia á su iglesia las preciosas respetables alhajas que adornan esas aras (e), y que serán un monumento pùblico y eterno de su generosidad, de su religion y su amor. Su amor repito, que manifestó aun mucho mas con la celeridad de su venida, por que ni las diversiones que le ofrece una ciudad brillante, que vé por la primera vez, ni los forzosos cumplimientos politicos, ni las instancias de sus amigos y contemporaneos, ni finalmente la estacion rigurosa del invierno que podrìa alterar su salud, consiguen detenerlo mucho tiempo en la corte de México. El oye desde allì los validos de su grey, que lo espera, y quebrantando los obstáculos, en breve se desembaráza y marcha sin demóra á verla y consolarla.

Aquí, señores, debería yo concluir. Vosotros sabeis

sabeis lo demás; pero yá para nuestro consuelo, yá para dár completo su elogio, dejadme que os reléa las ultimas hermosas hojas que comprehenden la historia de su vida. Entra en Valladolid, y al momento se conoce su merito y quantos le tratan confiesan llanamente que sus ilustres prendas no han sido delineadas por la fama sino muy debilmente, y que MORIANA es superior á lo que ha podido pintarse. Con efecto: ¿Qué virtud no se ha visto lucir en su conducta, aun en el corto tiempo que vivió y conversó con nosotros? ¿La caridad? ¡Ha! ella formaba seguramente su caracter. Sabía muy bien que la humanidad, la proteccion de los debiles, el consuelo de los infelices son unos deberes inseparables de la grandeza: que las riquezas que parece ministran á los grandes tanta facilidad á sus pasiones, no son sino para los indigentes, y quanto ellos estan mas elevados que los otros, mas deben trabajár en su dicha, semejantes á las fuen-

tes que se colocan en los sitios mas altos para que puedan por todas partes derramar sus aguas bienhechoras y saludables; así, à pesar de las grandes expensas que él habia erogado antes de su venida, su primera atencion luego que llega és informarse de las necesidades de su pueblo: *ved aquí las cartas de mis acreedores*, decìa al mostrár los memoriales de los menesterosos: *hé aquí mis acreedores, que me cobran la parte que les debo.* En su corazon verdaderamente cristiano, no hay distincion alguna de su persona; su piedad es universal, y ella se extiende al socorro de todos los estados y clases. Los colegios Seminario y de San Nicolás, las comunidades religiosas de Santa Catalina y Capuchinas, las distinguidas casas de educandas de Santa Rosa y Carmelitas, los pobres todos de esta capital, y aun muchos de los lugares mas distantes, perciben sin tardanza los frutos de su beneficencia (f).

¡Ah! cristianos, en este momento deberian hablár

blár por mí tantos infelices, que apenas comenzaron á sentír el alivio de sus males, quando otra vez se vieron sumergidos derepente en el abatimiento y la miseria. Pero si acaso ellos callaren, clamarán esas piedras [16]: quiero decir, ese vasto edificio que comenzado felízmente por la solicitud de los zelosos magistrados de esta noble Ciudad, debe á MORIANA su incremento, y su proxîma consumacion (g). Asì quiso extender á los pobres su grande caridad hasta despues de sus dias, dexandoles ese eterno monumento de sus cuidados y de sus liberalidades.

¿Su humildad? Yó bien sè que los que han sabido arreglar sus deseos, no siempre arreglan su autoridad: que el orgullo es un veneno penetrante y sutil, que insensiblemente se introduce en el alma de los grandes, y que aun aquellos mismos que no eran soberbios en una condicion mediana, suelen ser insolentes quando se ven en una mayor elevacion; pero nuestro Illmô. nunca

nunca se dejó deslumbrar con el esplendor de las dignidades, quanto mas elevado se viò, tanto se mostró mas modesto. El sabía que las dignidades no separan á los que las poseen del resto de los hombres, sino con el fin de hacer mas visible desde su cumbre, el exemplo de la virtud en que se apoyan y que por consiguiente, quanta mayor sea la elevacion en que Dios los constituye, tanto mas deben abatirse.

De aquí provenia aquel caracter de dulzura y de afabilidad que en tan poco tiempo le hizo tan amado de todos. Vosotros le visteis, valisoletanos, vosotros le conocisteis, le tratasteis y guardais en lo inrerior de vuestra alma una pintura suya, y un fiel retrato que todos los rasgos de la eloqüencia no podrán jamás hacerle igual. ¿Como pues, querer yo describiros menudamente tantas gloriosas acciones, tantas ilustres prendas, tantas heroycas virtudes de que fué un perfecto modelo hasta su muerte? Pero ¡Ay de mí! qué impen-

012179

pensadamente yo he pronunciado esta funesta palabra, y por mas que quisiera no renovar la llaga de vuestro dolor para concluir su elogio, es necesario hablár de su muerte. Contengamos pues nuestras lágrimas, y para no ofender su memoria hablémos de ella con tanta constancia como él la sufrió.

¿Quién hay Señores, que no tiemble á solo el nombre de la muerte? ¿Què nó sienta el mas vivo horror, y què no experimente la mas invencible emocion á vista de la de otro, y á sola la memoria de la suya propia? Justos y pecadores todos temen aquel preciso momento en que sus almas han de sèr arrancadas de sus cuerpos. Mas ¡ó Dios eterno! ¡y qué diferente es el temór de los unos y los otros! El impío se ha entregado á sus placeres, y se ha abandonado á sus locos deseos y á sus desordenadas pasiones; por eso abandonado tambien por un justo, pero terrible juicio del Señor, á los terrores mas crueles, tiembla

bla el salir de su cuerpo, dice San Gregorio (17); no quiere abrir al supremo juez quando le toca las puertas para llamarlo á juicio, y reusa comparecer en su tribunal. Teme el justo, es verdad; pero sus temores lejos de confundirlo, derraman en su alma torrentes de alegria, por que como está seguro de haberse aprovechado de ellos, avivando su esperanza, y trabajando con mas fervór en su santificacion, abre al punto que Dios le toca, oye humildemente la voz de su criador, y se dá la enhorabuena por que se acerca al fin, el feliz momento de su retribucion.

Ved aquí ya, catolicos, la pintura edificante de la muerte de nuestro buen prelado; mas contemplemosla á mejor luz, y detengamonos un poco, sin embargo de nuestro dolor, en la narracion de un suceso triste ciertamente; pero que interesa á la piedad y à nuestra propia edificacion. Acordaos hermanos carisimos, de aquel infausto dia en que le vimos salir de esta

esta capital llevado de la necesidad y esperanzas de recobrár su preciosa é importante salud. ¡Ha! ¿Quien nos hubiera dicho entonces que ya no le volveriamos à vér, por que el Señor, justamente irritado por nuestras culpas, nos le quitaba de nuestra compañia para que ni aun tuviesemos en el duro lance de su muerte el consuelo de recogér sus ultimos alientos? Sea así; á la verdad, pues bien merecido lo teniamos, mas sin sondear los altos é impenetrables juicios del Eterno, conozcamos la gracia que hizo á nuestro Ilustre pastor.

Le llama á la soledad para hablarle al corazon en el secreto y el silencio (18); y aunque él se habia formado siempre una especie de retiro, en que por expresarme de este modo en medio del bullicio, y entre sus publicas ocupaciones conversaba siempre con Dios; quiso, no obstante, separarlo de los trabajos Episcopales para hablarle mas intimamente, para visitarle, y para provarle con la tribulacion y el sufrimiento. ¿Y podré

podré yó deciros aquella su heroyca paciencia en la enfermedad, aquella paz y alegria interior que revosaba en su semblante, aquella dulce cerenidad con que siempre esperó la muerte? El la vió venir en su mas terrible aparato, èl la sintió sobre sí mismo, sin alterarse ni moverse. ¡Oh! y quan distante estuvo de la flaqueza ordinaria de los que caén enfermos! Ellos se lisongean con la esperanza de la salud, agoviados del dolor y de la molestia, emplean toda la fuerza que les queda en hacer votos para conseguirla: si no pueden levantar las manos, ni los ojos al Cielo, dirigen á lo menos los suspiros. Està muerta yá una parte de ellos, y la otra aun desea vivir. Aun quando apetezcan la inmortalidad, quisieran detenèr el golpe que les conduce à ella, y acercandose al cielo à que aspiran, ven todavia con algun agrado à la tierra que dejan.

Pero Moriana estaba enteramente conforme con

con la voluntad del Señor; nó deseaba vivir, nó deseaba morir, quería solamente que se cumpliesen en èl los soberanos decretos, y así que el Señor le dilatase sus dias para prolongár sus trabajos, ó que le aumentase los dolores para consumár su penitencia: se hallaba dispuesto à recibirlo todo con resignacion, por que todo venía de la mano de Dios; tal era la disposicion con que sufrió los trabajos de su penosa y ultima enfermedad.

¿Pero qual fué su fervor, y su zelo quando sintió que se le acercaba la muerte? Todas sus palabras fueron otros tantos sentimientos de piedad y religion. Quantos suspiros dió, fueron otros tantos impulsos de penitencia, y como si dixera continuamente con Isaïas (19): el dia del Señor se acerca, la proxìmidad de la muerte, no hacía sino redoblar su zelo y compuncion. ¡Con qué humildad se arrojó á los pies del juez de la penitencia á acusarse como reo de sus acciones, y pen-

pensamientos! ¿Qué lágrimas no derramó postrado ante el Salvador para pedirle fervoroso que usase con él de su infinita bondad, y que lo juzgase en el tribunal de su misericordia, antes de comparecer en el de su justicia? ¿Con qué sentimientos de amor no recibió el Sagrado Viatico? Tristes, pero fieles testigos de los tiernos afectos de su corazon, vosotros le visteis recogèr las debiles fuerzas de su descaécida naturaleza, para levantarse á comer la eterna vianda: os edificasteis al oirle pediros con la mayor humildad, que le perdonaseis, si como hombre os habia ofendido en algo, dandoos al mismo tiempo las gracias mas rendidas por los servicios que le habias hecho, y embidiasteis santamente la dicha de haber recibido con tan vivas, y tan afectuosas ansias esta ultima prenda del amor de un Dios como el sello de su predestinacion eterna.

¡Què no puedo yo, en fin, explicaros con que pre-

presencia de animo empleó los preciosos momentos que le quedaban para deshacer los nudos que le ataban aun á este mundo! Entonces fixos los ojos en las puertas de la eternidad, deseaba con ardor que se disolviesen de una vez los miembros de su carne, para que su alma volase à la celestial Jerusalén, en donde corrido el velo que nos oculta los misterios, viera á Dios, no yà en enigmas y figuras, sino cara á cara. Entonces sin perder un momento, derramando su espiritu delante del Señor, se dispone para comparecer dignamente en su tribunal formidable. Entonces, para decirlo de una vez, exercitandose en la mas viva fé, en la mas firme esperanza, y en la mas ardiente caridad, entregó su alma en las manos del Criador. ¡ Momento fatal para esta dilatada provincia, de quien fué un pastor benemerito, y un padre el mas amado! ¡Momento feliz para èl, por que despues de haber recibido el honór, y la veneracion que se merecía su persona, entró

por fin en posesion de la dulce eternidad, á recibir tambien el doble premio debido á sus virtudes, como digno ministro de la iglesia. *Qui benè praesunt Presbiteri duplici honore digni habeantur.*

Nó aguardeis ahora, Señores, que para concluir este elogio funebre con que hemos venido á honrar la memoria de un tan justo prelado, haga yo aquì el ultimo esfuerzo para moveros al dolor. Ofenderìa sin duda á esa alma dichosa, que juzgamos piadosamente está gozando de la gloria en los tabernaculos del Dios vivo, y creería que al tiempo mismo de excitár nuestras lágrimas, reanimandose sus cenizas nos dixera: hijos mios, ¿qual es la causa de ese vuestro llanto? Dios me ha sacado de las miserias de esta vida mortal: ¿Que es lo que tanto os aflige en este dia? ¿Acaso han fenecido tambien con mi vida las misericordias del Señor? ¿Donde está pues, vuestra fé? ¿donde vuestra confianza? Murió vuestro pastor, es verdad, pero murio

 para

para vivir eternamente. Os veis privados de un obispo á quien deseasteis por mucho tiempo, y apenas habeis gozado muy pocos momentos; pero ahì teneis ya delante de vosotros al que ha de llenár vuestros deseos, y sér objeto digno de vuestras complacencias (h). Desapareció en fin, un caudillo que esperabais os guiase por ese desierto donde gemís rodeados de males y trabajos; pero atended á que llevais ya delante un sabio, un prudente, un esforzado y valeroso Josué que os guiará, y os defenderá en los mayores riezgos, os sacarà de ellos, aunque sea á costa de su vida, y os conducirá al termino á donde caminais. Alegraos pues, de suerte tan felíz, daos mutuamente repetidas enhorabuenas, rendid á vuestro nuevo prelado el debido tributo de obediencia, amor y confianza, entregaos ciegamente á su paternal direccion, y nó cuideis yá de otra cosa que de dár al Todo-poderoso las debidas gracias por ese beneficio tan singular, ni os ocupeis sino en

en pedirle sin cesár que siga comunicando á vuestro tierno padre las luces necesarias con que á todos os ha de hacer dichosos, que prospere y perpetué su gobierno á medida de vuestras necesidades y miserias: pedidle el buen exîto en sus empresas, y finalmente, que conserve su preciosa vida de que pende la gloria, y la felicidad de todo el obispado. Mas entre tanto, si llorais, llorad por que vivis en un siglo corrompido en que las pasiones humanas, á manera de un már proceloso, parece que quieren inundár toda la tierra: en que el fuego de la discordia se enciende por todas partes: en que se forma una tempestad casi universal, que solo Dios, à quien obedecen las olas y los vientos puede calmarla. Pero ¡Ay, hijos mios! si lejos de mitigar la justa colera del Dios de las venganzas, antes las provocais con vuestros desordenes. ¿Què será de vosotros? Yà la mano de Dios se deja caer pesadamente por todas partes, ha desenvainado su espada sobre

bre toda carne, desde el medio dia hasta el septentrion, para que conozca que él es el Señor. Aplacad pues, con vuestra penitencia su divina justicia: unios en Jesucristo, y como buenos católicos y verdaderos hermanos, conservad siempre la páz que os dexó: *Pacem relinquo vobis.*

¿Y nó serían estas, carisimos, las importantes lecciones que nos darìa nuestro buen padre, si pluguiese al cielo que ahora se presentara delante de nosotros? Meditemoslas pues, para nuestro consuelo, bendigamos con él à Dios, y procurémos como él aprovecharnos de las gracias que recibimos para merecer la gloria que el Señor le ha dado, como lo esperamos de su misericordia infinita.

Amén.

(1) Prov.c14.ỳ.13.
(2) I. Thesal. 4. ỳ. 4.
(3) I. Reg. 1.
(4) Gen. 24. ỳ. 1.
(5) Luc. 1.
(6) Rom. 12. ỳ. 1.
(7) Math. 5. ỳ. 15.
(8) Tit. I. ỳ. 9.
(9) Ibid. 2. ỳ. 7.
(10) Alapid. 4. 8.
(11) Math. 10. ỳ. 35.
(12) Joan. 14. ỳ. 27.
(13) I. Corint. 4. ỳ. 9.
(14) Genes. 12. ỳ. 1.
(15.) Act. 20. ỳ. 18.
(16) Luc. 19. ỳ. 40.
(17) Greg. homil. 13 in Evang.
(18) Oseae 2. ỳ 24.
(19) Isai. 13. ỳ. 6.
(20) Ezech. 21. ỳ. 4. et 5.

(a) El 23. que fué el Illmô. Sr. Mtrô. D. Fr. Francisco de las Casas y Cuesta, Monge Geronimo, entró en esta Ciudad en 17 de Abril de 1724., y murió el 30 de Mayo del mismo año, habiendo gobernado solamente un mes, y trece dias.

(b) Así entiende á la letra este pasage de San Pablo el Traductor de sus Epistolas.

(c) Así tambien lo entiende el Alapide y otros.

(d) 16 ☉ 500 pesos librò desde México, que fué la suma que se le pidió.

(e) Quatro Imagenes de nuestro Señor Jesucristo con cruces, y pedestales de bronce dorado, del mejor gusto, cuyo costo ascendió á la cantidad de 10 ☉ pesos (obra del celébre Tolsa) las embió su Illmâ. para los quatro Altares del Ciprés.

(f) En las limosnas que asignó mensales, adelantó un mes, contandolas desde que llegó á México.

(g) El mismo dia que los Medicos mandaron disponer á su Illmâ. antes de salir de esta Ciudad, hizo extender una Libranza con esta expresion: „Que de su haber ganado, se mi„ nistrâran todas las cantidades que se necesitasen hasta po„ ner la Real Fabrica del Tabaco en estado de servir„ como de facto así se ha verificado, por no haber alcanzado la primera cantidad.

(h) Tres dias antes de celebrarse esta funcion de honras, llegó aquí la noticia de haber presentado S. M. para esta Mitra al Sr. Dr. D. Manuel Abad y Queypo, Canonigo Penitenciario, quien en el mismo dia, por tocarle en turno, hizo el oficio, y cantó la Misa.